

IMAGINAR LA POSPANDEMIA

Más diagnósticos, menos profecías

Pasan los días y todavía no podemos salir del asombro y del miedo que nos provoca esta situación inédita marcada por la pandemia del coronavirus. Una noticia perdida en los diarios de mediados de enero -la irrupción de un virus muy contagioso que afectaba gravemente las vías respiratorias en una provincia de China- muy pronto, en cuestión de pocas semanas, se transformó en una crisis mundial que posiblemente aparezca como punto de inflexión en la historia de la humanidad, la marca de “un antes y un después” que consignarán los historiadores del futuro. Hace casi dos meses que todas las pantallas de los medios de comunicación, todas las voces que saturan las redes sociales y todas las comunicaciones que envuelven el espacio de las intimidades no hacen otra cosa que hablar de políticas sanitarias más o menos exitosas, de cuarentena, de la lucha contra un enemigo invisible, de líderes más o menos sensibles a la muerte de sus compatriotas, del colapso de la economía y del surgimiento de un nuevo orden mundial. Cualquier otra temática que merezca nuestra atención tendrá que pasar por la prueba del coronavirus: sin su referencia no hay manera de imaginar el porvenir.

En este contexto casi que resulta natural esperar la palabra de los filósofos y científicos sociales, palabras que en un escenario de creciente angustia se cree que puedan dar orientación y sentido a las demandas de los individuos comunes. Tan natural como que florezcan las profecías pues también es sabido que durante los períodos de crisis o en épocas de grandes matanzas, conmociones, guerras o pestes suelen aparecer los profetas. Las profecías atraen porque por lo general traen consolación, nos llegan con la anuencia de Dios y nos dispensan –tanto al que las formula como a los que la reciben- del serio esfuerzo racional, reflexivo en torno a cómo se configura el presente para esperar con cierto grado de probabilidad el mañana: vale decir, de hacer un diagnóstico detallado de la situación. Cuando los intelectuales se convierten en profetas suelen confundir cualquier lucha con el Apocalipsis y de este modo buscan en la superficie de la tierra el número de la bestia cuando en realidad lo aconsejable sería que plantearan las estrategias sobre la base de los tres pilares que soportan nuestro saber: la memoria para recordar cómo se salió de crisis similares (no iguales) en el pasado, los recursos que aportan las ciencias y la tecnología en el presente, y la necesaria imaginación para esbozar el diseño del mundo venidero.

Las reflexiones de renombrados pensadores de la actualidad, que han aparecido en diversos medios brindando un análisis de esta cuarentena global, lamentablemente tiene mucho más de profecía que de diagnóstico y análisis predictivo, también abundan en audacia en detrimento de la sensatez y lo que es peor, seguramente porque en muchos de ellos la idea de filosofía está lastrada por una concepción del lenguaje y de la subjetividad que la acerca al pensamiento mágico, suelen confundir la realidad con sus deseos. Cuando se lee a autores como Agamben, Žižek, “Bifo” Berardi, Judith Butler, Byung-Chul Han y Alain Badiou entre otros, cuyos textos aparecieron en una publicación digital titulada *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemia*, se constata -en líneas generales- que tanto la filosofía como las ciencias sociales aun nos deben una respuesta que esté a la altura del desafío que plantean estos tiempos. En este escrito nos vamos a ocupar básicamente de dos de ellos: Agamben y Žižek.

El estado global de excepción ya llegó

En el caso de Giorgio Agamben tenemos un excelente compendio de esos rasgos de pensamiento que mencionamos en el párrafo anterior y que desembocan en un déficit cognitivo: para este filósofo italiano -al menos, diríamos, hasta el 26 de febrero cuando se publicó su primera opinión- no había ninguna epidemia provocada por el SARS-CoV2 que justificara el pánico que estaban propagando los medios de comunicación. ¿Qué era lo que advertía Agamben? Pues bien, algo que a su juicio ocurrió y sigue ocurriendo desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, el hecho de que en Occidente vivimos en un ininterrumpido estado de excepción -esa figura del pensamiento político de la que hablaba el jurista Carl Schmitt para hacer referencia al ejercicio de la soberanía- que justifica un dominio absoluto sobre la vida. En definitiva, toda esta crisis está posibilitada por una maniobra fundada en la utilización del estado de excepción como paradigma normal de gobierno. Lo paradójico aquí está en que la obsesión por hacer de una figura circunstancial del ejercicio del poder la clave política de una civilización aparentemente se confirma por las consecuencias prácticas que acarrea la peste: irremediablemente, y por un tiempo prolongado, estamos obligados al encierro. Sin duda hay, como dice Agamben, prohibiciones y suspensiones de actividades que trastocan la vida de todas las personas, que las alejan de su zona de confort o normalidad y que comprometen en mayor o menor grado sus libertades, pero adjudicar estas medidas a la perversidad de los gobiernos que inventan al virus como pretexto para controlar a la población, al igual que se hizo hace unos años con la excusa del terrorismo, me parece demasiado. Es ofensivo a la inteligencia ver un pre-texto ante un texto tan poderoso.

Hablamos de Agamben porque no caben dudas de que es un intelectual destacado y citado cuyos aportes a la renovación de la filosofía política no pueden negarse. Su interpretación de la biopolítica o su revisión del concepto de comunidad son testimonio de ello. Pero tampoco se puede obviar que muchas veces cae, como tantos otros intelectuales contemporáneos, en las garras de un exagerado constructivismo epistemológico que lo hace ver en la realidad sólo aquello que proyecta, y lamentablemente a menudo proyecta imágenes monocromáticas. Si se repasa su concepto de comunidad uno recuerda que se pronuncia por una comunidad asentada solamente en su ser en común, sin referencias ostensibles a los planos biográfico o histórico. Una comunidad de seres que, como si fuesen ángeles, sólo comunican sin distorsión. Para comunidades de esta índole la política debería practicarse sin mediación alguna de condiciones de pertenencia, o sea una política no preocupada por conquistar el poder del Estado pues para Agamben todo lo que rodea al Estado es amenazante. Está claro: si para nuestro filósofo la política que vale es enemiga del Estado, entonces la política aceptable tendrá contornos poco nítidos porque ya no se trata de qué hacer sino de cómo hacer, y así se llega a la conclusión de que lo que importa es la “inoperatividad” de la política, que acontezca fuera del orden de lo instrumental (que coincidiría con el Estado). Ahora queda más claro: cualquier política pública sanitaria - como cualquier otra clase de política pública- no sería más que una forma de control. El error de Agamben no reside en su apresuramiento para hacer el diagnóstico de la situación generada por la aparición del CoVID 19 sino en las premisas filosóficas de su análisis, premisas que lo llevan a imaginar una comunidad deseada mas no real, una comunidad que no termina de venir porque las comunidades reales están conformadas por seres de carne y hueso ocupados en las prácticas que configuran su autorrealización y que no necesitan seguramente de grandes relatos en torno a su fundación, pero sí

certezas mínimas que hagan más tolerable su contingencia como, por ejemplo, que les digan cuando no se corre el riesgo de contagiarse.

Convengamos también que Agamben tuvo tiempo para reformular sus ideas. Un mes más tarde publicó otra nota, el 27 de marzo, donde reafirma su postura. Es más, sube la apuesta a riesgo de patetismo: ahora se pregunta por las reacciones de los hombres y las mujeres, por qué no hubo protestas contra el aislamiento y se responde: “...de alguna manera, aunque inconscientemente, la plaga ya estaba allí, aparentemente las condiciones de vida de las personas se habían vuelto tales que una señal repentina fue suficiente para que aparecieran como lo que ya eran; es decir, intolerables, como una plaga.” Ahora directamente nos dice que la crisis tiene contornos religiosos y que la ciencia es la nueva iglesia con sus fieles y con sus herejes en un mundo donde el monstruoso poder del Leviatán sigue incólume, un mundo donde ya no será posible vivir como antes. Lejos estamos de idolatrar a la ciencia o a los científicos, pero que en el medio de una pandemia que por primera vez en la historia es vivida globalmente y seguida en tiempo real por miles de millones de personas, donde la gente común confía en la aparición de un remedio o vacuna que permita algún día superar el confinamiento en nuestros hogares y la tan citada “distancia social”, un filósofo nos sugiera que el trípode conformado por los gobiernos, los científicos y los medios diseñó, o en todo caso perfeccionó, una maquinaria para el control absoluto de los humanos es sencillamente delirante. Por supuesto que no se podrán soslayar los peligros de la cibervigilancia o la consolidación de una sociedad de seguridad digital como advierte el coreano Byung-Chul Han en sus análisis basados en la actuación del gobierno de China para controlar el brote en Wuhan, pero esto es materia de “diagnóstico” y no de “profecía”. Para profecías lo tenemos a Agamben. Y si alguien, tomando inspiración en aquella sentencia de Hegel de que la filosofía es el mundo al revés, ensayase una defensa corporativa de Agamben con el propósito de mostrar que es un visionario que capta o intuye la esencia de las cosas vedada al común de los mortales, habría que recordarle esta cita de Hegel extraída del prólogo de la *Fenomenología del Espíritu*: “Por lo que respecta a la filosofía en el sentido propio de la palabra, vemos cómo la revelación inmediata de lo divino y el sano sentido común que no se esfuerzan por cultivarse ni se cultivan en otros campos del saber ni en la verdadera filosofía se consideran de un modo inmediato como un equivalente perfecto y un buen sustituto de aquel largo camino de la cultura, de aquel movimiento tan rico como profundo por el cual arriba el espíritu al saber, algo así como se dice que la achicoria es un buen sustituto del café”¹. Una pena que la achicoria de Agamben no tenga tan buen sabor.

La revolución se está acercando

Hegel también afirmaba que “lo verdadero es el todo”, una frase que podría servir de prisma para evaluar las reflexiones de Žižek en torno a la pandemia. Žižek es un filósofo neomarxista pintoresco, que mezcla la erudición filosófica con el psicoanálisis de Lacan y con ejemplos extraídos de la cinematografía, todo ello condimentado con buenas dosis de humor y amor al exhibicionismo al que podemos

¹ Hegel, F. *Fenomenología del Espíritu*, México, FCE, 1966, p.45.

visitar en canales como Youtube. Pero cuando cae en el terreno de las profecías la mezcla resulta indigesta, fundamentalmente porque lo anima el espíritu -aunque muchas veces bien disimulado- del resentimiento. Zizek es de los filósofos que quisieran liberarse de la figura hegeliana del búho de Minerva que alzaba el vuelo al ocaso; él preferiría ser un ave que cante al amanecer pero tal vez no advierta la ganancia de reemplazar al búho por un loro. Asimismo se muestra paradójicamente como un nostálgico de lo que nunca ha sido, de un comunismo que nunca termina de alcanzar su concepto, y como alguien que ve los acontecimientos desde un trasfondo milenarista. Si un meteorito de grandes proporciones impactase en la corteza terrestre seguramente Zizek diría que el cráter que se formase conformaría el espacio para albergar una nueva sociedad que dejase atrás al capitalismo financiero; si una nave alienígena llegara a la Tierra y confirmara así la existencia de los extraterrestres vería en ello la oportunidad para conformar un gran “nosotros” que permitiera dar la vuelta de página del neoliberalismo. Bien, llegó el coronavirus ... ¿Qué nos deparará? Desde el título de su artículo publicado en *Russia Today* el pasado 27 de febrero podemos inferir el futuro “*Coronavirus es un golpe al capitalismo al estilo de “Kill Bill” y podría conducir a la reinención del comunismo*”. Confieso que cuando lo leí me reí, no podía creer que alguien se animase a tanto. A fines de febrero anticipar todo esto es muy audaz. En el artículo habla de la propagación de un virus ideológico: “el virus de pensar en una sociedad alternativa, una sociedad más allá del estado-nación, una sociedad que se actualiza a sí misma en las formas de solidaridad y cooperación global”. Como en Agamben otro caso de flagrancia del deseo desbocado.

Para Zizek esta peste ofrece una oportunidad para reinventar un comunismo basado en la confianza en la gente y en la ciencia. Por otro lado señala que dolorosamente parece que necesitamos una catástrofe de esta magnitud para poder avizorar el fin del sistema capitalista. No es cuestión de gozar esta calamidad pero bueno... tampoco es cuestión de privarse de la alegría de la inminente llegada de un nuevo orden más humanista. Incluso llega a elogiar a una organización como la OMS (Organización Mundial de la Salud) porque ve en ella el atisbo de una coordinación de políticas globales que prefigura el advenimiento de nuevas instituciones más solidarias. Se nota que o bien Zizek confía en las burocracias internacionales o bien no tuvo tiempo para informarse y leer las críticas que despertó el comportamiento de la OMS al comienzo de la pandemia y sobre las sospechas de que ocultó información clave sobre lo sucedido en China. No obstante, no debemos ser injustos pues por lo menos Zizek reconoce la existencia del virus y la gravedad de la situación aunque su valoración del asunto está ligada a que esta pandemia nos obliga a “reorganizar la economía global sin que esté a merced de los mecanismos del mercado”. ¿Distingue Zizek un nuevo modo de producción o una nueva manera de habitar el planeta? Suponiendo que sea así, ¿dónde están los signos que anticipan su presencia?, ¿dónde están las instancias que reemplazarían al Estado-Nación como unidad política? Conste que no le pedimos a Zizek que haga el inventario o que detalle con precisión los mecanismos que anuncian el nuevo mundo porque es humanamente imposible hacerlo sin un mínimo de perspectiva temporal. Pero sí desearíamos que no nos ahúme tanto con sus “buenas intenciones” pues termina siendo sofocante.

Catástrofes ventajosas

No hace falta un gran talento hermenéutico para darse cuenta que detrás del regodeo en la catástrofe hay algo así como un *a priori*, una condición de posibilidad que a decir verdad opera no solo en Zizek sino en gran parte de los que anhelan la transformación radical del orden económico global. El espíritu del resentimiento del que hablaba Nietzsche impulsa la valoración positiva del acontecimiento que se sospecha salvífico; el odio al mundo crea valores que invierten los dominantes pero al precio de conducirnos a la culpa y a la pérdida de nuestra autonomía. A veces en la historia, decía Nietzsche, se verifican episodios donde se advierte que el resentimiento puede ser genial (él pensaba en San Pablo) pero la mayoría de las veces sólo es vehículo de revanchismo y de un espíritu contrario al *fair play*. Hay resentimiento cuando en la inmovilidad anímica se vuelve a sentir lo mismo, cuando no se termina de procesar el flujo de informaciones que nos llega del exterior. Para que la “idea fija” que reside en la mente pueda proyectarse a la realidad necesita del auxilio de la catástrofe -la llegada del coronavirus en este caso- que sería el fertilizante de la revolución; si habrá o no un cambio sustancial en las relaciones de producción del mundo venidero, que es lo que verdaderamente interesa, jamás lo sabremos porque para eso harían falta análisis consistentes o buenos diagnósticos, y no presentimientos o profecías impulsadas por la buena (o mala) voluntad. En este sentido, tiene razón Byung-Chul Han cuando dice que el virus no producirá la revolución y, podríamos agregar, tampoco parece que allane el camino a un comunismo “renovado”, mucho menos si se sigue pensando que toda propiedad es idéntica a propiedad robada. Sobre estas particularidades del “deseo de transformación radical del orden global” el filósofo Peter Sloterdijk² recordaba en uno de sus libros una comparación hecha por el economista Gunnar Heinsohn que decía que la negativa comunista al principio de propiedad equivalía a la habilidad de acelerar un coche después que se le extrae el motor.

Pero en defensa de Zizek se podría argumentar que después de la pandemia emergerá un mundo en el que nuevos prodigios tecnológicos posibilitaran la creación de vehículos que se autopropulsen sin necesidad de un motor al menos convencional. Claro que para hacer estos pronósticos hay que basarse en el estado actual de la tecnología y de la economía para luego integrar al análisis el eventual impacto de la crisis en la fuerza de trabajo. Y ese mundo que emergerá post-aislamiento, en un plazo que todavía no se puede precisar y que variará según la región del planeta, sin dudas estará marcado por la incertidumbre, acechado por la inestabilidad económica, con los Estados líderes— Estados Unidos y China en primer lugar- a la espera de las jugadas de sus socios y/o contrincantes. ¿Cuáles serán las expectativas racionales de estos jugadores? Al decir de los expertos, la globalización no corre el riesgo de desplomarse en el acto pero sí se vislumbra el surgimiento, o en el caso de EEUU el reforzamiento con Trump a la cabeza, de conductas nacionalistas inspiradas en la perspectiva del propio ombligo. El hecho de que Trump le haya pedido apoyo al Congreso para un paquete fiscal de 2,2 billones de U\$S de respaldo a las pequeñas y medianas empresas y al empleo es muy significativo, tan significativo como que esta gigantesca operación de intervención

² Sloterdijk, P. *Ira y Tiempo*, Editorial Siruela, Madrid, 2006, p. 47. Este es un libro cuya lectura se recomienda a todo aquel que crea que hoy es necesario pensar en términos de una psicología política para entender los ordenamientos globales y que, más importante aún, llegó el momento de dar cabida en nuestra cultura política a los sentimientos de orgullo siempre y cuando sepamos separarlos de la toxicidad que representan el resentimiento y la humildad vengativa que suelen acompañarlos.

estatal esté en sintonía con una apreciación del dólar estadounidense a nivel mundial y con el consiguiente predominio de la hegemonía financiera norteamericana. Quizás, y posiblemente no hacía falta la pandemia para corroborar esto, guerras comerciales de baja y alta intensidad marquen el derrotero de los próximos años en torno a la supremacía de la producción de tecnologías de avanzada (5G, aeronáutica, biotecnológica, etc.). No menos importante es saber qué ocurrirá con el precio del petróleo y elaborar escenarios alternativos de la industria según su evolución. Evidentemente todos estos factores no habilitan el optimismo respecto de un futuro de cooperación o de un mundo más solidario; mucho menos de que se asista a una formidable transformación socioeconómica y cultural que derribe al capitalismo financiero o al capitalismo a secas. Porque además de los factores objetivos que son los que provocan la crisis están los factores subjetivos que son los responsables en última instancia de que se dé o no la transformación. Pero por ahora el virus no produjo una mutación en nuestra especie: tengo el presentimiento de que seguiremos siendo los mismos, por lo menos durante un tiempo bastante prolongado.

Una epistemología sellada por la voluntad

Con la problemática de los factores subjetivos empezamos a cerrar el círculo. En la base de los planteamientos de gran parte de las ciencias sociales y de las filosofías de inspiración social y política que se practican en la actualidad aparece una concepción del conocimiento que en líneas generales podemos denominar como constructivismo. No es este el lugar para dar una explicación detallada del mismo ni para narrar sus orígenes, sólo haremos referencia a su vinculación con las corrientes postestructuralistas ligadas al pensamiento de Nietzsche que hicieron su aparición en los años 70 en Francia y que también animaron, en el espacio italiano, al denominado “pensamiento débil”. A modo de síntesis diremos que es esta concepción constructivista del conocimiento la que ha dado el tono a la epistemología hermenéutica dominante en el universo académico de las ciencias sociales, por lo menos la porción de ese universo que no permanece en las garras del viejo positivismo y sus versiones residuales. La hipótesis es que el constructivismo exacerbado es la guía metodológica que siguen autores como Agamben y Zizek (y tantos otros) en su aproximación a lo real, de ahí que en vez de observar con cierto distanciamiento lo que produce el virus en la sociedad, las huellas de su recorrido, le atribuyan el sentido que les dicta su voluntad.

¿Será aventurado afirmar que Nietzsche es el padrino de la posverdad? En *La Gaya Ciencia* nos dejó pensamientos de una extraordinaria profundidad. En uno de ellos podría estar la clave epistemológica del presente: “¿*Qué significa conocer? –¡Non ridere, non lugere, nequedetestari, sed intelligere!*, dice Spinoza, con esa sencillez y sublimidad muy suyas. Sin embargo: ¿*qué es, en definitiva, este intelligere, sino la forma por la que estas tres cosas se nos hacen perceptibles a un tiempo? ¿Qué es sino el resultado de los impulsos distintos y antagónicos de querer burlarse, lamentarse y renegar?*”³. Confieso que tenía un vago recuerdo de esta frase y cuando la volví a leer pensé: “¡qué mejor síntesis que esta para los defensores de la tesis del conocimiento interesado, casi se diría del conocimiento militante”, e imaginé la cita escrita en escarapelas para ostentación del colectivo constructivista. Supongo que Agamben y Zizek no tendrían mayores inconvenientes en suscribirla.

³ Nietzsche, F. *La Gaya Ciencia*, Akal, Madrid, 2009, p. 239

“No hay hechos, sólo interpretaciones”. Con esta consigna se identifican y se unen los constructivistas del mundo entero. La sentencia surge de la doctrina del perspectivismo de Nietzsche que enseñaba que no podía haber una única interpretación posible de la realidad sino múltiples interpretaciones y que la vida, cuyo núcleo está constituido por un conjunto de fuerzas, sólo se sostiene si es capaz de interpretación. Pero el criterio para evitar el relativismo y fijar así la “verdad” de cada interpretación, ya no corresponderá a la vieja concepción adecuacionista que igualaba el intelecto con la cosa a conocer sino al grado de “bienestar” que cada interpretación proporciona a la fuerza interpretante. En cada interpretación se encontrará una afirmación o una negación de la vida, su intensificación o empobrecimiento, y ese será el único criterio a considerar más allá del apego ilusorio a una verdad objetiva. Si hay algún sentido en la realidad lo hay porque es introducido por las fuerzas que interpretan. No hay nada que descifrar “allí afuera” porque en el entorno de las fuerzas que interpretan no existe un texto que ofrezca su sentido sino un caos de materia y energía disponible para alimentar a la fuerza que interpreta, es decir, a la voluntad de poder. La interpretación no sería otra cosa que una actividad.

El “efecto Humpty-Dumpty”

No debería resultar asombroso que el perspectivismo nietzscheano encuentre eco en las variadas posiciones constructivistas que se viralizaron en el campo académico de las ciencias sociales y en los medios de comunicación. Cuando Nietzsche afirmaba que era más importante saber cómo se llaman las cosas que lo que realmente son, adelantaba en gran parte el programa de un constructivismo posmoderno para el cual el sentido sería una invención relacionada con nuestras interpretaciones y no una propiedad de la realidad. El saber del sentido común quedaría desmentido en la medida en que el lenguaje sería un espejo deformante de la realidad. En el límite, este constructivismo puede tener una analogía con lo que el escritor Lewis Carroll relataba en *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*. El cuento ilustra el poder de la nominación en el episodio en que Alicia se encuentra con Humpty Dumpty, ese personaje con forma de huevo que era incapaz de sostener una conversación. Allí se puede ver cómo se ponen en juego los mecanismos nominalistas que mezclan voluntad y discurso. En efecto, Humpty Dumpty era un filólogo extravagante que hablaba como si todo se tratase de un juego. Sin ningún pudor usaba las palabras según su conveniencia:

“[...] cuando yo uso una palabra –insistió Humpty Dumpty con un tono de voz más bien desdeñoso- quiere decir lo que yo quiero que diga..., ni más ni menos.

-La cuestión –insistió Alicia- es si se puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes.

-La cuestión –zanjó Humpty Dumpty- es saber quién es el que manda..., eso es todo.”

Este poder de nominación o “efecto Humpty Dumpty” permite que la pandemia no exista, y si existe, que sea el indicio de un mundo más solidario o de que el comunismo (el bueno, no el de Stalin o Mao) se haga realidad. Después de todo el mismo Nietzsche decía que para la mayoría de los hombres un sentido cualquiera era mejor que la falta de sentido... algo hay que decir, siempre.

Nueva agenda

¿Cuál será la próxima agenda de la filosofía y las ciencias sociales? Imposible saberlo. Después de todo las enseñanzas que la pandemia nos deje sólo podrán ser asimiladas dentro de muchos meses, años quizás. Pero sí se pueden elaborar algunas hipótesis sobre lo inmediato con el fin de responder a tres interrogantes, a saber: ¿cómo se experimenta una situación que carece de antecedentes para la comparación?, ¿hay algún tipo de autoridad que la gente común perciba como confiable?, y por último ¿cuánto de comunidad necesitaremos para perfilar un mundo pospandemia que nos cobije a todos? Todos ellos están relacionados, de una u otra manera, con la búsqueda del sentido que caracteriza a la filosofía y las ciencias sociales interpretativas.

a) *Experiencia y sentido*

Cuando se habla de experiencia muchas veces se alude a un saber que excede los conceptos, un conocimiento de difícil transmisión. Cabría decir que se trata de un saber ubicado en el espacio que media entre los lenguajes públicos y los sentimientos privados. También el significado de “experiencia” estaría emparentado con lo que transmite la palabra griega *pathos*: algo que sucede y se soporta, que se sufre. El término está repleto de significaciones que sedimentaron a lo largo del tiempo y que parecen conducir a la idea de que los usos y costumbres, las repeticiones y hábitos dan formato a la experiencia. Si esto fuese verdad no estaríamos preparados para entender hoy cabalmente la pandemia -no tendríamos una genuina experiencia- pues la asimilaríamos a algo ya sabido cuando sabemos al mismo tiempo que es una primicia absoluta de nuestra historia (si se argumentara que ya hubo pandemias como la peste bubónica de finales del medioevo o la gripe española es fácil replicar que esta es la primera vez que la humanidad como sujeto -y en el tiempo real que supone la digitalización del mundo- toma conciencia de un evento de esta naturaleza). Si se me perdona la contabilidad macabra, los 50 o más millones de muertos de la pandemia de 1918-1920 “pesan” menos que las casi 200.000 muertes que hasta hoy provocó el CoVID-19, más no sea porque en todas las pantallas de los noticieros de la televisión constantemente se muestran las placas que registran el número de infectados, de muertos y de recuperados. Queda claro que “tener experiencia” no puede relacionarse solamente con el tiempo pasado. Hay que rescatar a la experiencia de las garras de los realistas melancólicos para los que no hay nada nuevo bajo el sol. Para Gadamer justamente se enriquece cuando uno se ve obligado a enfrentarse a lo nuevo, a lo inesperado o no calculado, de modo tal que la experiencia así entendida tiene un carácter interminable y es fuente de aprendizajes renovados. Estar abierto a lo “otro inesperado” implica no colgarle viejas etiquetas aunque por el momento sólo tengamos tentativas conceptuales para ofrecer. La experiencia no se deja reducir simplemente al lenguaje. En este último sentido, el “tener experiencia” de la situación equivale a intentar un diagnóstico mientras que -aunque suene paradójico- quedar anclado en el pasado motiva las proyecciones erróneas, sería la condición para profetizar esas “verdades” que vienen de lejos, los anuncios proféticos. Tener experiencia de esta pandemia no significa bajarle el precio a su carácter de novedad ni, mucho menos, ser dogmático.

b) **Los científicos aplaudidos**

A veces los gobiernos dan confianza, mucha más cuando en épocas de crisis sanitarias sin precedentes brindan seguridad a la población ante el riesgo de muerte. Pero también la pueden perder una vez que bajen las aguas y se advierta cómo quedaron

las ciudades después de la inundación. Se trata de la búsqueda de ese equilibrio difícil entre el cuidado sanitario y la necesidad de mantener en marcha -al menos parcialmente- el motor de la economía. La imagen positiva de hoy podría ser el desplome de la popularidad mañana. Pero hay una clase de personas que sí han visto reforzada su autoridad en estos tiempos de manera indiscutible: son los científicos y tecnólogos en general y dentro de estos la elite de infectólogos, epidemiólogos, médicos sanitarios, biólogos moleculares y genetistas en particular. Su presencia en los medios es constante porque se espera de ellos, más allá de las divergencias inevitables en sus posturas a raíz de las discrepancias teóricas (obviamente no sólo en las ciencias sociales hay interpretación), una palabra que dé aliento a la población en torno al descubrimiento de una vacuna o sobre cómo y cuándo saldremos de las etapas de aislamiento social que perturban nuestra psiquis, pues se sabe, somos una especie social que hace muchos milenios abandonó las cuevas.

Pues bien, no es mi intención criticar o menospreciar el rol de los científicos sino apuntar una reflexión sobre su lugar social. Cuando los científicos salen de sus laboratorios y departamentos académicos y visitan a un funcionario para brindarle asesoramiento específico o acuden a un programa de radio, televisión, etc. para ser entrevistados sobre una materia de su especialidad dejan de ser científicos para transformarse en expertos. Experto es el científico que intenta ser un mediador entre la cultura científica y eso que los sociólogos comprensivistas llaman el mundo de la vida”, término que traduce el *Lebenswelt* del que hablaba el Husserl. La palabra del experto cuenta, y mucho, para describir y explicar con rigor y objetividad (siempre en la medida de lo posible) el escenario donde se desarrolla el drama; lo hace con las herramientas conceptuales de su disciplina y su enfoque está determinado casi siempre por su mirada profesional. Pues bien, el problema está aquí: los expertos generalmente carecen de una mirada política integradora justamente porque son expertos en calcular costos y riesgos desde su óptica profesional, cuando en realidad el análisis de la sociedad requiere del concurso no sólo de otras miradas profesionales sino de alguien que pueda ser capaz de sobrevolar el escenario identificando todas o, al menos, la mayoría de las mediaciones que configuran la trama social. ¿Es esta figura el presidente de una nación o tiene que ser alguna reencarnación de Leonardo Da Vinci? No necesariamente, alcanza con que se trate de políticos, intelectuales a los que todavía les quede algo de la vieja vocación universalista, incluso científicos sociales y por qué no, representantes de las ciencias naturales también dispuestos al trabajo interdisciplinario. No es muy difícil en una situación tan crítica como esta imaginar la creación de comités que, sobre la base de un temario prediseñado por los gobernantes, pueda abordar con criterio los múltiples escenarios que cada uno de los problemas más urgentes depara. Salud y economía, de esta manera no serían dos etapas de un mismo proceso sino dos instancias simultáneas que habría que articular de la mejor manera posible. Si no hubiere consenso las resoluciones las tomará el gobernante aunque es deseable que al “estado de excepción” (que entusiasma a muchos hoy en día, fundamentalmente a los que deciden) deba estar controlado por las fuerzas de la oposición u otras instancias institucionales, si es que todavía queremos contar con un sistema democrático.

c) Comunidad y contagio

Dejamos para el final una cuestión espinosa. ¿Cómo balancear el peso de la comunidad con la preservación de espacios para las iniciativas individuales? Cuando

Agamben y Žižek dieron a conocer sus primeras reflexiones sobre la epidemia del coronavirus (recordemos que la OMS declaró la pandemia el 13 de marzo) Byung-Chul Han publicó en *El País* un artículo muy interesante donde decía que Europa estaba fracasando en contener la peste y cuestionaba esa especie de ejercicio neurótico de soberanía que era el cierre de fronteras y contrastaba esa política con la que se había llevado adelante en Asia donde los virólogos e infectólogos habían armado una alianza con los especialistas en informática y macrodatos. El mensaje era: no sólo los médicos nos salvarán, también el big data salva vidas humanas. Claro que el precio de la salvación es un tanto elevado porque las más de 200 millones de cámaras de vigilancia que hay en China, por ejemplo, se llevan puesta cualquier esperanza de que prospere una noción de ciudadanía tal como la conocemos desde hace más de 200 años. A los ciudadanos asiáticos, según la perspectiva de Byung-Chul Han, no les preocupa sacrificar cuotas de libertad así como a sus Estados no les cuesta mucho ser autoritarios.

La descripción del pensador coreano no es ningún delirio de resonancias orwellianas, al contrario, creo que es una de las reflexiones tempranas más ricas y matizadas, no exenta de rigor y acuidad. Posiblemente lo más inquietante no resida solamente en la consolidación de sociedades de vigilancia digital en todo el mundo sino en cómo se reconfigura, de un modo amenazante, el espacio global de los intercambios. Si la globalización había suprimido los umbrales inmunitarios (por ejemplo, los espacios nacionales) dando vía libre al capital ahora se presagia el retorno de las fronteras. El cambio genera conmoción pues pasamos de una sociedad del rendimiento, donde cada uno se explotaba a sí mismo, a otra donde se cierran las fronteras y se toma como enemigo a un virus que, según interpreto, aparece como signo de un terror permanente. Un virus que, a diferencia de lo que pensaba Žižek, no es agente de ninguna revolución que derribe al capitalismo pues lo que hace es aislar e individualizar más a las personas. Lo que se desprende del análisis de Han es que el coronavirus tristemente puede ser el vehículo de una degradación de las formas de vida democráticas, y no el heraldo de una nueva sociedad más justa y equitativa.

El debate que ha atravesado a parte de la filosofía y la teoría política europeas de los últimos veinte años ha puesto el foco en la relación entre la comunidad y el individuo. Principalmente las fuentes conceptuales del debate abrevan en la biopolítica, una matriz de pensamiento surgida de la obra pionera de Michel Foucault y continuada por Giorgio Agamben y por el filósofo italiano Roberto Espósito como principales figuras. Muy resumidamente se podría afirmar que el paradigma inmunitario ha sido el dominante en la teoría política de la modernidad y ha posibilitado el surgimiento, como agente *princeps*, del individuo “inmune” a una comunidad que ha sido relegada y, para colmo, mal entendida como sumatoria de individuos que poseen lo “común” como propiedad a compartir. No hay que ser muy perspicaz como para pasar por alto que en esta mirada biopolítica asoma una crítica a la filosofía liberal. El riesgo está en que la crítica al individualismo liberal a veces navega las mismas aguas surcadas por ese coro de ángeles que clama por la vuelta a la comunidad. Un coro de “almas bellas” que carece de escrúpulos para desechar al “producto” más elevado de la evolución del *homo sapiens*: el individuo autónomo y racional, un ser de expectativas al que todavía le quedan caminos por recorrer.

Volver a tener o recrear un sentido de comunidad en la sociedad pospandémica es un objetivo loable. Pero para lograrlo habrá que saber distinguir las virtudes depositadas en la tradición para rescatar las más adecuadas al tiempo que vendrá. Habrá que ser cuidadoso si se quiere reflotar un sentido de comunidad que capitalice los logros de la

mejor teoría política moderna, y no proponer figuras comunitarias que signifiquen el vacío de toda subjetividad. Es admisible discutir nuevas formas de subjetividad sin llegar a su anulación. Sería deseable vivir en una sociedad donde, por ejemplo, la protección de la salud no enmascare el deseo de dominación de los poderes (estatales e incluso corporativos) despojados de cualquier clase de frenos inhibitorios.

La literatura suele ofrecer imágenes más sugerentes para comprender el mundo que las contenidas en muchos libros de filosofía o ciencias sociales. Si se concede esto me gustaría finalizar estas reflexiones con un pasaje extraído de una novela contemporánea para expresar lo que creo que debe ser el sentido de una comunidad capaz de estar a tono con ese deseo de habitar el mundo de otra manera. Michel Houellebecq en *Las partículas elementales*, radiografía a la sociedad tomando como eje la ausencia del deseo auténtico. Se trata de una novela sobre los últimos hombres, esos que para Nietzsche portaban el virus del nihilismo llevado a sus últimas consecuencias. Houellebecq en el final, refiriéndose a uno de los dos personajes principales -el científico Michel Djerzinski- da la mejor descripción sobre la comunidad que pude encontrar incluso en la literatura especializada. Involuntariamente es también un homenaje bajo la forma de epitafio:

“En ese espacio al que tanto temen’, sigue Djerzinski, ‘los seres humanos aprenden a vivir y a morir; en medio de su espacio mental surgen la separación, el alejamiento y el sufrimiento. Sobre esto hay muy poco que decir: el amante oye la llamada de su amada a través de océanos y montañas; a través de océanos y montañas, la madre oye la llamada de su hijo. El amor une, y une para siempre. La práctica del bien es una unión, la práctica del mal una desunión. El otro nombre del mal es separación; y aún hay otro más, mentira. Sólo existe un entrelazamiento magnífico, recíproco e inmenso’”⁴.

Sospecho que es en el registro de la sensibilidad donde residirá la clave del obrar político futuro de una sociedad pospandémica que no se rinda a la tentación de la vigilancia que promete nuestro cuidado ni se abandone a los placeres contagiosos de una libertad ensimismada.

Jorge Lulo – 11 de mayo 2020

⁴ Houellebecq, M. *Las partículas elementales*, Anagrama, Barcelona, 1999, p.307.